

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: Dios interviene -
La experiencia de Ezequías - (parte 2)
(12 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Isaías 38:1-22

En la primera parte del tema hemos visto como el joven Ezequías bajo la era de su padre Acaz, había experimentado la intervención de Dios (2.Cr. 28:16-27). El ejemplo de este padre impío no influyó sobre él, sino la vida ejemplar del rey David, “el hombre conforme el corazón de Dios”. Solamente así Ezequías podía guiar a su pueblo en la decisión de abandonar la idolatría y llevarlo a una nueva entrega a Dios (2.Cr. 29:1-20; 2.R. 18:1-8).

Ezequías era un rey que en la línea de sus antepasados y de sus descendientes llamaba la atención en forma especial porque había puesto su confianza en Dios. Él “hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho David su padre. Puso su confianza en Jehová Dios; ni después ni antes de él hubo otro igual entre todos los reyes de Judá. Porque siguió a Jehová, y no se apartó de Él, sino que guardó los mandamientos que Jehová prescribió a Moisés. “Y Jehová estaba con él; y adondequiera que salía, prosperaba” (2.Ro. 18:3,5-7).

En otra situación de la vida de Ezequías podemos observar *la intervención de Dios: cuando estuvo enfermo de muerte*. En el sufrimiento y angustia de muerte Dios no estaba lejos de él, sino muy cerca y actuaba. (Lea 2.R. 20:1-11.) Hasta aquel tiempo Ezequías estaba ocupado totalmente en su responsabilidad por las cosas de Dios y por todo el pueblo de Dios, aun más allá de los límites de Judá. El regreso a Dios les abría un nuevo futuro, y este debía ser bien planeado y realizado.

Pero, ¡cuán diferente era el plan de Dios para la vida de Ezequías! (Lea Is. 55:8,9; Ro. 11:33.)



Día 2

Isaías 38:1-3; Salmo 37:5

De repente se produjo un cambio en la vida de Ezequías. Él tenía recién 39 años de edad. En sus múltiples ocupaciones de golpe hubo un paro, Ezequías se enfermó. Así fue puesto a un lado, con muchos dolores y gran debilidad, incapaz de hacer alguna cosa, ¿era ésto el plan de Dios para una vida orientada al futuro, queriendo llegar a la meta?

Quizás Ezequías había deseado para sí un tiempo más fácil, para poder descansar, una pequeña licencia después de tantos cambios, que había realizado. Pero ahora esta noticia cortante, traída por el profeta Isaías personalmente por mandato de Dios: “Jehová dice así: Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás” (Is. 38:1).

Esta noticia fue como un tremendo golpe para el rey Ezequías. Una noticia de este tipo puede doler muchísimo, incluso puede paralizar y ocupar todos los pensamientos y sentimientos. Se levantan muchas preguntas de repente. ¿Por qué yo? ¿Qué he hecho mal, que el Señor me trata tan duramente? ¡Aún soy muy joven! ¡Con cuánto gozo trabajaría aún para el Señor! ¿Cómo seguirá todo?

Seguramente a Ezequías, aparte de su estado personal, le preocupaba la cuestión de quién seguiría en el gobierno. “Ezequías tenía veinticinco años cuando comenzó a reinar (2.R. 18:1,2) y murió en el año 687 a.C. Su hijo Manasés empezó a reinar con 22 años de edad. Esto significa que Manasés nació en el año 709 y tenía siete años, cuando Isaías anunció a su padre que iba a morir” (W. Wiersbe). Podemos percibir qué angustiante debe haber sido la situación para Ezequías. De repente todo había cambiado.

En vista de un diagnóstico muy dramático, lo que hasta el momento era muy importante, perdió su peso. Cuestiones aparentemente muy importantes de un momento a otro ya no tienen valor. ¿Qué cosas valen realmente en la vida? Job habla de esto: Job 19:25-27a.



Día 3

Isaías 38:1-3; Job 38:1-3

“¡Ordena tu casa!” Para Ezequías ahora no se trataba de una crisis mundial, no se trataba de sus enemigos, que sitiaban a Jerusalén, sino se trataba de él personalmente. Este diagnóstico malo lo puso directamente frente a Dios, ante su rostro. ¡Feliz aquel, que en una situación así sabe que su patria está en el cielo!

Cuando el pastor Heiko Krimmer, el líder de la comisión misionera Nethanja en la India, había muerto, los amigos de allí escribieron en una pancarta: “Entered into the glory” (entró a la gloria). ¡Qué tremendo consuelo, que esperanza viviente y cuánto gozo sentimos por estas palabras!

Jörg Ahlbrecht escribe en su libro: “La gran fuerza de las pequeñas muertes. “Memento Mori” (piensa en la muerte), un camino olvidado para un vida plena”: “Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría (Sal. 90:12). “Memento Mori” es un ejercicio espiritual, casi totalmente olvidado. En este ejercicio se trata de ocupar los pensamientos en la propia muerte. El provecho de esto es una vida espiritual más consciente y plena. De esta manera crecen el agradecimiento, la tranquilidad y la paz. Además uno recibe una clara visión de aquello que realmente tiene valor. La meditación acerca de la muerte no nos deprimirá, sino nos ayudará a comprender la vida en su profundidad y a no malgastar ni un solo día”.

¿Qué hizo Ezequías en su situación desesperante? “Entonces volvió Ezequías su rostro a la pared, e hizo oración a Jehová” (Is. 38:2). Ezequías hizo lo que era lo más normal: oraba; hizo caso a la demanda de los Salmos: “E invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás”. “Esperad en él en todo tiempo, oh pueblos; derramad delante de él vuestro corazón; Dios es nuestro refugio” (Sal. 50:15; 62:8). Quizás oraba también con el Sal. 130:2: “Señor, oye mi voz; estén atentos tus oídos a la voz de mi súplica”.



Día 4

Isaías 38:1-3,10-15; 2.Samuel 22:4-7

De Ezequías leemos que volvió su rostro hacia la pared y oraba. Seguramente no era un volverse a la pared con terquedad, o con amargura, lleno de oposición, para dejar *todo y a todos* de lado, para resignar o protestar interiormente. Quizás era su deseo de estar solo, de pensar y mirar al Señor, Aquel que puede cambiar todas las cosas.

Pensemos en la exhortación de Jesús: “Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto” (Mt. 6:6). ¡Qué efecto liberador experimentaremos en nuestra vida, cuando no nos volvamos a la pared de manera terca, sino volvamos a nuestro Padre celestial como lo hizo Ezequías!

Martín Lutero nos aconseja: “Derramad vuestro corazón delante de Él, decidle todo, sin esconder nada. Hacedlo como si abrierais vuestro corazón a un buen amigo. Él os escucha con gusto y quiere ayudaros y aconsejaros. No tengáis temor ante Él, no penséis que eso será demasiado grande o excesivo. Sin temor, sacad todo; aunque fueran bolsas de necesidad, sacad todo. Él es mayor y puede y quiere hacer mucho más, de lo que fueran nuestras dolencias. Poned todo delante de Él. Él no es un hombre al que uno podría cansar por tanto pedir”.

Nosotros podemos dejar toda angustia delante de nuestro Padre celestial y confesar con toda confianza: “Yo estoy en la mano de mi Señor, y quiero quedarme allí, ni los problemas terrenales, ni sus ofertas me pueden sacar de este lugar. Aunque se derrumbe todo el mundo, el que se aferra a Él y al que Él sostiene, quedará firme” (P. Spitta; lea Sal. 118:5,8; 142:2).



Día 5

Isaías 38:1-6; Salmo 65:2,5

“Y lloró Ezequías con gran lloro”. No eran lágrimas de autocompasión. Ezequías estaba consternado. Él puso su corazón ante Dios. “Oh Jehová, te ruego que te acuerdes ahora que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón y que he hecho lo que ha sido agradable delante de tus ojos”.

Nos asombramos, de que Ezequías temiera tanto a la muerte. Para los creyentes en el antiguo pacto, una larga vida significaba una bendición especial de parte de Dios. (Lea Pr. 3:1,2; 4:10; 9:10,11; Éx. 20:12.)

Una muerte tan prematura con solo 39 años hacía surgir muchas preguntas. En aquel tiempo los hombres no tenían una esperanza concreta de la vida eterna junto con Dios. A algunos se les otorgaba una visión más allá del horizonte terrenal hacia la gloria. Job por ejemplo podía decir: “Yo sé que mi Redentor vive, y que al final triunfará sobre la muerte. Y cuando mi piel haya sido destruida, todavía veré a Dios con mis propios ojos. Yo mismo espero verlo; espero ser yo quien lo vea, y no otro, ¡este anhelo me consume las entrañas!” (Job 19:25-27 NVI).

¿Podría haber otra razón para la consternación de Ezequías; por ejemplo que pensara, que era un castigo de Dios?; ¿Se habrá preguntado si habría pecado entre él y Dios? “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (Sal. 139:23,24).

Ezequías se dirigía con toda decisión a Dios y le hizo recordar su entrega y su esfuerzo por la causa de Él. Y ¡Dios cumplió su pedido!



Día 6

Isaías 38:1-6; 49:13-16

La oración de Ezequías tocó el corazón de Dios. Siempre Dios se conmueve con las oraciones. En seguida manda al profeta Isaías de vuelta a Ezequías, que no había salido aún de la ciudad. “Vuelve, y dí a Ezequías, príncipe de mi pueblo: ‘Así dice Jehová, el Dios de David tu padre: Yo he oído tu oración, y he visto tus lágrimas; he aquí que Yo te sano; al tercer día subirás a la casa de Jehová. Y añadiré a tus días quince años’” (2.R. 20:5,6a). ¡Lo que aquí pasó, es sensacional! ¡Dios cambió su plan!

No siempre contesta el Señor así a nuestras oraciones. Nos preguntamos: ¿por qué Dios interviene respecto a una persona en forma visible, y por qué a otro no le quita la pesada carga?

La viuda de un misionero de 45 años, padre de cuatro hijos, quien en un ataque terrorista en Burkina Faso en enero del 2016 perdió su vida, escribe: “Yo sé que Dios tiene en cuenta un propósito con todo lo que pasa, pero algunas veces Su actuar es un completo enigma para mí”.

Probablemente Marta y María sintieron algo parecido, cuando Lázaro estaba enfermo y Jesús esperó dos días hasta que emprendió el camino hacia ellas. Demasiado tarde; Lázaro había muerto. Marta al encontrarse con Jesús le reprochó duramente: “Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto”. Poco después también María repetía estas palabras.

Pero para Jesús la muerte nunca tiene la última palabra. “Jesús le dijo a Marta: “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?” (Lee Jn. 11:41-45.)

“Aunque yo no conozca el camino, tú bien lo conoces...”



Día 7

Isaías 38:3-5; Salmo 116:1-7

“He visto tus lágrimas; he aquí que Yo te sano”.

Tan cerca está Dios que no solo escucha nuestro gritos desesperados, sino también ve las lágrimas derramadas en secreto.

Cuando David se sentía muy tensionado por los filisteos, lamentaba: “Todos los días ellos pervierten mi causa; contra mí son todos sus pensamientos para mal”. Sin embargo él podía sentirse seguro en la cercanía de Dios y pedirle: “Pon mis lágrimas en tu redoma”. ¡Dios conoce cada una de nuestras lágrimas! (Lea Sal. 56:5-11; 1.S. 1:9-18.)

En el temor y en la tristeza, en soledad e indecible dolor, Dios está al lado de sus hijos y “junta sus lágrimas”. “Debes estar seguro: Dios escucha con el mismo amor tu oración y ve tus lágrimas. Debes saber, que Dios no deja llorar ni una lágrima a sus hijos en vano. Él no pone más carga sobre ellos que lo que fuere necesario para su educación y perfección. Justamente en el dolor que Él envía, Su corazón se ocupa de ellos” (G. v. Viebahn; lea Is. 41:10; He. 13:5b,6). Dios está atento a nuestra condición interior. Él tampoco ignoraba las súplicas de Ezequías y su llanto por su situación personal. Con palabras de reconocimiento y valoración Dios mandaba a Isaías al “príncipe de mi pueblo” (2.R. 20:5).

Repetidas veces Dios le encargó a Isaías palabras de aliento. A su *pueblo* prometió: “Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti. Porque yo Jehová, Dios tuyo, el Santo de Israel, soy tu Salvador” (lea Is. 43:1-7).

“Que sus ojos me están mirando, me da tranquilidad y gozo. No importa lo que tenga que soportar de las cargas de cada día; si estoy muy desilusionado o lleno de regocijo. Mi Señor siempre tiene sus ojos sobre mí” (H. Führer).



Día 8

Isaías 38:9-20; Job 5:17,18

Nos ocupamos más en la oración de Ezequías. Él la escribió “cuando enfermó y sanó de su enfermedad”. Primero estaba profundamente conmovido. Le oprimía el pensamiento de que era un castigo, pensaba que la separación de Dios era por culpa de su pecado. Su vida estaría cortada como un hilo. No le quedaba ninguna esperanza para liberarse de la muerte. Se sentía impotente frente a ella: “... contaba yo hasta la mañana. Como un león molió todos mis huesos” (v.13). Quebrantamiento: ¿es necesario esto?; porque aquí hay alguien que quiere servir a Dios.

Brigitte y su hija Claudia eran los líderes de un campamento cristiano para niños. Un día libre, los colaboradores fueron a ver una catarata. Claudia subía a una roca y al pisar una parte mojada, se resbaló y cayó abajo en la catarata. ¡No había salvación para ella, se murió!

Brigitte nos comparte sus luchas internas: “Mi primer pensamiento era: ¿Cómo Dios podía permitir una cosa así? El tiempo después fue muy difícil y muchas veces estaba en peligro de abandonar a Dios. Pero, gracias a Su gracia y la ayuda de personas queridas, que Él proveyó para mí; para alentarme y sostenerme, pude pasar ese túnel tan oscuro y salir a la luz. Naturalmente había tiempos en los que estuve muy desesperada y quería abandonar todo.

Agradezco mucho a Dios que Él no me abandonó en este tiempo tan tremendo, y también le agradezco que me guíe ahora con Su amor. Estoy agradecida por la oportunidad que puedo compartir a otros; pues Él en cualquier circunstancia nos sostiene y nos fortalece”. (Lea Sal. 27:1-6; 18:28-33; 2.Co. 12:9,10.)



Día 9

Isaías 38:13-14; 1. Corintios 10:13

Nos habíamos preguntado si realmente los dolores en nuestra vida son necesarios. Muchas veces sí, ya que los tiempos de crisis, o enfermedad, parecidos a los que vivió Ezequías, nos ayudan a concentrarnos más en Dios y en Su Palabra. Estos tiempos nos dicen indiscutiblemente que Dios está en el control de todo lo que pasa. Él no es un Dios lejano, sino que está muy cerca, también y especialmente en lo difícil e incomprensible.

El quebrantamiento no es un castigo, como lo pensaba Ezequías al principio. El quebrantamiento es la “búsqueda” de Dios para atraernos a Su corazón. Esto es Su propósito. “Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; y salva a los contritos de espíritu” (Sal. 34:18). Así se ve la gracia de Dios en lo más profundo. El reconocimiento de la propia incapacidad nos muestra que necesitamos la gracia de Dios mucho más de lo que pensamos. (Lea Ap. 3:19; Sal. 23:4-6.)

El muy conocido pastor para jóvenes, de la ciudad de Essen (Alemania) Wilhelm Busch recomendó una vez a sus oyentes que oraran la oración del Salmo 43:3: “Envía tu luz y tu verdad”. Pero al mismo tiempo les advertía seriamente, diciendo: “Tened cuidado, todos vosotros que queréis decir esta oración. Es “peligroso”. Pues cuando la luz de Dios viene, entonces todo lo imperfecto en nosotros y de nosotros llegará a verse, todo lo que en lo oscuro estaba bien escondido”. (Lea Sal. 139:2-4.)

El apóstol Pablo describe su experiencia como sigue: “Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2.Co. 4:17). “Pensando en la propia fuerza de Pablo, los sufrimientos en la provincia de Asia, realmente eran demasiado pesados: 2.Co. 4:8-10. Pero él compara su sufrimiento por Jesús con el ‘peso de la gloria’, que sobrepasa por mucho su angustia, porque es eterno”. (W. De Boor).

Con una visión así también las cargas muy pesadas serán llevaderas.



Día 10

Isaías 38:14-16; Salmo 119:123

¿Cómo siguió la experiencia de Ezequías en la crisis? Él oraba: “Mis ojos se cansaron de mirar al cielo. ¡Angustiado estoy, Señor! ¡Acude en mi ayuda!” (v.14 NVI).

Aunque al comienzo de su oración él podía decir: “Oh Jehová, te ruego que te acuerdes ahora que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho lo que ha sido agradable delante de tus ojos”, sin embargo ahora estaba temeroso. Él veía su vida de repente con otros ojos. Se vio delante de Dios con las manos vacías, ya no le pudo ofrecer nada. Por eso se dirigía a Dios pidiendo: “¡Señor, sé mi fiador!” (otra traducción)

El concepto de fiador se usa muchas veces en cuestiones judiciales. Un fiador se compromete a hacerse responsable por otra persona. Se hace garante por medio de un contrato, en el caso que el deudor no pudiera pagar la deuda.

Estando frente a la muerte, Ezequías ve que ante Dios tiene una cuenta sin pagar. Él necesita a alguien quien pague lo que debe. Así pide a Dios: “¡Señor, sé mi fiador!”

También yo puedo saber: Tengo en Jesucristo, un fiador que ha pagado mi deuda. Él se ha hecho responsable por mi pecado. Jesús “puede salvar por completo a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que vive siempre para interceder por ellos” (He. 7:25 NVI; lea He. 7:20-25; 4:14-16; Ro. 8:31-34).

Después de que Ezequías se había dirigido a su fiador, su situación cambió inmediatamente. Él testifica: “He aquí, amargura grande me sobrevino en la paz, mas a ti agradó librar mi vida del hoyo de corrupción; porque echaste tras tus espaldas todos mis pecados” (Is. 38:17). ¡Tan grande es nuestro Dios!



Día 11

2.Reyes 20:4-11; Isaías 57:15-19

Una vez más volvemos al cuarto del enfermo. Ezequías escuchaba las palabras que Dios había encargado a Isaías: “He aquí que yo añado a tus días quince años. Y te libraré a ti y a esta ciudad, de mano del rey de Asiria; y a esta ciudad ampararé”.

Tres veces afirma Dios su promesa a Ezequías con su “Yo quiero”: “Yo *quiero* añadir a tus días quince años. Yo *quiero* librar a ti y a esta ciudad de la mano del rey de Asiria. Yo *quiero* amparar esta ciudad” La vida de Ezequías, nuevamente regalada, vale por el “Yo quiero” de la intervención de Dios. (Lea Ez. 36:11; Is. 54:8-10; Jer. 30:17-20; 31:3,25.)

Este mensaje aparentemente no era menos sorprendente que el primero que Isaías le anunciaba. Así él pide una señal mediante la cual reconocer que realmente Dios quería sanarlo. Dios le otorga este pedido y él experimenta: “La palabra del Señor es justa; fieles son todas sus obras” (Sal. 33:4 NVI).

Isaías le dice a Ezequías que debe elegir: “¿Avanzará la sombra diez grados, o retrocederá diez grados?” Él pensó y eligió osadamente que la sombra volviera atrás diez grados. “Entonces el profeta Isaías clamó a Jehová; e hizo volver la sombra por los grados que había descendido en el reloj de Acaz, diez grados atrás”.

“Que la aguja del reloj volvió atrás señala, en contra de lo habitual, que tenemos un Dios que permite un ‘volver atrás’. Tenemos un Dios que no está amarrado a un destino inalterable, al transcurso normal de una enfermedad o al paso del tiempo, ni tampoco a Su propio propósito, sino uno que escucha la oración y puede hacer algo completamente distinto” (H. Ziegler).



Día 12

Isaías 38:15-20; Salmo 56:13

Ezequías vuelve a mirar la crisis más grande de su vida. No pudo hacer otra cosa que crear una canción de agradecimiento por todo aquello que Dios había hecho por él. Él no podía olvidarse de esta experiencia, cuando tenía sólo este pensamiento: Mi vida se ha acabado, el hilo de vida está cortado. Y después; la increíble contestación de su oración. Dios había escuchado sus ruegos y había visto sus lágrimas y atendía cumpliendo su pedido. (Lea Sal. 50:15; 4:3; 18:6; Jer. 33:3; He. 4:16; 1.Jn. 5:14.)

“Dios dio un paso atrás en Su decisión de que Ezequías debía morir. Esto es el poder de la oración. O mejor dicho: esto es la libertad del poder de Dios. Tan libre, tan poderoso es Dios que Él puede actuar así, sin ningún problema, inclinarse tan profundamente a un pequeño hombre que ora a Él” (W. Lüthi).

Igual que Ezequías, muchas personas han pedido que Dios alargue su vida. No siempre Dios cumple todos nuestros deseos, pero Él cumple Sus promesas. Él no nos ofrece una limitada prolongación de vida, sino una vida sin límites junto a Él para siempre en Su gloria: “Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os prepararare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Jn. 14:2b,3).

A este Dios que de forma tan tremenda intervino en su vida, Ezequías quiso agradecer en toda su vida. Muchos antes y después de Ezequías también tenían y tienen el mismo propósito: “Alabaré al Señor en mi vida” (Sal. 146:2). El salmista nos exhorta a alabar y agradecer al Señor. “Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios” (lea Sal. 103:1-5).

“¡Qué grande alabanza sería esta, si cumpliéramos el prometido agradecimiento, aunque sea atrasado; si cumpliéramos las palabras prometidas y dadas a otros!” (P. W. Schäfer).

